

TRES GOBIERNOS PARA UNA CONSTITUCION

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

El debate constitucional, sobre todo después del pacto de la semana anterior, que va a permitir disponer de una Constitución en menos tiempo del que inicialmente se había previsto, encierra una interesante lucha política que va más allá del contenido del texto constituyente. En realidad, a través de la discusión del articulado y de las votaciones subsiguientes, cada grupo parlamentario está intentando configurar un tejido de alianzas de cara a la formación del primer Gobierno posconstitucional.

La retirada de Alianza Popular de la Comisión, independientemente de lo acertada o no que sea la forma en que lo ha hecho; el acuerdo Fernando Abril-Alfonso Guerra, eje sobre el que descansa el mayor "timing" constitucional, y las votaciones del Partido Comunista, en cuestiones, por ejemplo, análogas al problema de la libertad religiosa y al papel concreto de la Iglesia católica, vienen determinadas más que por el contenido de la Constitución —sobre el que existe un consenso generalizado— por la composición de este próximo Gobierno. Así se ve cómo, de "facto", van esbozándose tres ofertas gubernamentales para una Constitución.

El probable centro-izquierda

El más evidente de estos intentos, a la vez que el de más peso y probabilidades, es el que se encierra bajo las conversaciones del vicepresidente del Gobierno y del responsable de organización del PSOE. De hecho, el acuerdo que han suscrito, que como todos tendrá sus cláusulas secretas, es un primer indicio de cómo va gestándose el Gobierno de centro-izquierda.

Socialistas y sector progresista de Unión de Centro Democrático, con o sin Adolfo Suárez, formarían este Gobierno, que tendría como tarea principal abordar la consolidación de la democracia bajo la orientación de centro-izquierda. El saneamiento de la crisis económica, la modernización y racionalización de los aparatos del Estado, la democratización profunda y radical de la sociedad española serían los objetivos principales de este equipo gubernamental.

Desde el primer momento de su formación, como indican ya los obstáculos que encuentra en su gestación, tendría un enemigo acérrimo en la derecha civilizada, por no hablar de la silvestre Alianza Popular, la importante ala conser-

vadora de UCD, las personalidades "extra-ucedistas" como José María de Areilza —amén de una parte de los poderes fácticos— estarían en contra, sin que ello deba entenderse en un sentido catastrofista o de tipo involutivo. Por el contrario, contaría con el apoyo crítico y no subordinado del PCE y de las dos principales organizaciones sindicales, como acaba de señalar Nicolás Redondo en el desarrollo del XXXI Congreso de UGT.

Esta dialéctica de aliados y enemigos se traduciría con seguridad en un importante aumento de la presión empresarial y en una sustancial disminución de las presiones de los trabajadores, dado que si el Gobierno actual ha experimentado un duro ataque de la CEOE cabe imaginar el que experimentaría un Gabinete de dicha fórmula bicolor. Porque si el PSOE y el resto de la izquierda política pueden influir, hasta cierto punto y grado, en la actitud de los sindicatos, el ala progresista de UCD carece de la más mínima base de apoyo social que poder reorientar.

Es precisamente este aspecto el más endeble de este probable Gobierno de centro-izquierda: carecer del apoyo sustancial en la derecha social —que es la que cuenta— y no disponer del apoyo incondicional ni de la izquierda política, ni mucho menos, de la izquierda social. En síntesis, aparece ya de antemano como sumamente frágil para resistir la presión de la derecha. Este es el verdadero talón de "Félice" de la alternativa de poder socialista.

La posible nueva mayoría

Buena prueba de ello es que desde ahora mismo se está gestan-

do el programa de la oposición de derechas. Lo que se ha dado en llamar gran derecha o "nueva mayoría" —ala conservadora de UCD, AP, Areilza, Alfonso Osorio— está constituyéndose más en función del inmediato futuro que del presente. El intento de arrastrar a toda la UCD hacia la derecha, después de importantes éxitos iniciales como la dimisión del profesor Fuentes Quintana, ha sido frenado por el giro socialdemócrata del PSOE que, lógicamente, ha potenciado el sector "progre" del partido gubernamental. En este sentido, las votaciones parlamentarias de AP y de considerables núcleos de UCD, que en la semana anterior han votado incluso contra un proyecto del Gobierno, prefigura asimismo un tipo de coalición gubernamental fundamentalmente distinto del anterior.

Aliancistas, ucedistas conservadores, Areilza y demás personalidades de la derecha entre las dos aguas parlamentarias de este bloque socio-político, compondrían este Gobierno de la nueva mayoría que tendría como función principal reorientar la consolidación del proceso democrático en función de los criterios e intereses de la derecha social, finalizando con el intermitente divorcio existente entre el plano social y el plano político de la derecha. La salida de la crisis económica bajo una dirección unilateral, el "stop" de los procesos de renovación y cambio en los aparatos del Estado y la alineación internacional bajo la batuta de la OTAN serían los fines principales de retorno involutivo por medios pacíficos y democráticos.

Desde un inicio, como demuestra el hecho de que desde que em-

pezó el cambio político toda la estrategia de la izquierda responsable ha consistido en separar a AP de UCD y de distinguir posteriormente entre uno u otro sector del partido gubernamental, este Gobierno contaría con la oposición acérrima de socialdemócratas de UCD, socialistas, comunistas y CC. OO.-UGT. Únicamente podría contar con la CEOE y los grandes núcleos de poder, lo que provocaría una impresionante bipolarización en la vida del país.

Elo causaría desde el momento de su constitución un extraordinario aumento de la presión socio-política de la izquierda por no perder las relativas posiciones conquistadas a lo largo del Gobierno de Adolfo Suárez. Cabe imaginarse qué niveles alcanzaría teniendo en cuenta el desarrollo de las movilizaciones sindicales y sociales en los doce meses posteriores al 15 de junio, a pesar de los pactos de la Moncloa y de la orientación moderada de los partidos de izquierda.

Es precisamente esta previsible respuesta obrera la parte menos consistente de esta hipotética fórmula gubernamental: transformarse a medio plazo en un verdadero obstáculo para los intereses de la derecha social. La rentabilidad de esta operación no podía ir más allá de un corto plazo para quienes la promovieran, dado que las premisas de que partirían son inviables mediante procedimientos democráticos, cuando de lo que se trata en estos medios es de buscar la mejor fórmula democrática posible para defender sus intereses socio-económicos.

El imposible programa de la mayoría

Es la fragilidad mutua de las dos alternativas anteriores la que suscita la tercera alternativa, expuesta hace unos días por Santiago Carrillo, con la nueva denominación de programa de mayoría; aunque en realidad este concepto esconde con casi exactitud la misma política bloqueada del Gobierno de concentración, junta democrática, pacto por la libertad, etc. De ahí que las votaciones del PCE en las Cortes, como los cambios internos con el abandono del leninismo, persiguen dar la imagen moderada y sensata que permita lentamente progresar hacia lo que ahora se llama "Gobierno tripartito".

UCD, PSOE y PCE serían los firmantes de este programa de mayoría sin necesidad de que los comunistas estuviesen representados en el equipo gubernamental. A lo



Manuel Fraga.



Santiago Carrillo.

LA MASCARA Y EL ROSTRO

SE siente una fascinación morbosa viendo a Aurora Bautista interpretar su contrafigura en el teatro Martín, de Madrid. Aparte de cualquier reflexión cómoda sobre la paradoja del comediante o la plasticidad del intérprete, la lección consiste en el realismo candente: en el esfuerzo, aquí simbolizado, por invertir una imagen, esfuerzo común a muchos españoles. La inversión, en algún momento, es algo más que simbólica: la actriz recita un fragmento de su papel colgada por los pies sobre el vacío. Confieso que la obra me hubiera interesado escasamente representada por otra actriz. El morbo está en que Aurora se haya convertido en Antiaurora, en un juego de espejos. En un Semprún invirtiendo al joven Federico Sánchez, en un Suárez volviendo del revés, como un guante, la imagen del ministro secretario general del Movimiento, en un Carrillo dejando atrás la piel reseca y envejecida de Lenin, en un Felipe González lampiño, sin la barba postiza de Marx. Tiempo de apuestas.

Llevamos ya un tiempo acostumbrados a verlo en la realidad. Pero cuando la apostasia entra en el teatro es que la cosa es más seria. La política es una superestructura, un juego cambiante de palabras para adornar el camino del hombre sobre la tierra. El teatro suele ser la estructura real, la esencia de la vida. Siendo la política y el teatro dos artes de la palabra, difieren en la cuestión de la sinceridad: en la política nadie exige que la palabra sea sincera, y en el teatro, sí. La palabra en política es una forma de ocultar el pensamiento, dijo un clásico —no recuerdo ahora si Metternich o Talleyrand: tanto da—; en el teatro es una manera de expresarlo. Cuando algo que está sucediendo entra en un escenario y se representa es cuando es, finalmente, una verdad.

Aurora y Antiaurora revelan muchas cosas en esta interpretación extraordinaria. Es imposible ver su máscara sin ver al mismo tiempo su rostro. No sé por qué misteriosa intuición o por qué profundo estudio hace traslucir a veces sus antiguos personajes. Los vemos, en ese momento, con la nueva imagen de ahora: en aquella Agustina de Aragón o en aquella reina loca estaban ya contenidas estas muecas de ahora; en estas muecas de ahora transparecen los personajes de entonces. Como quizá en "El Lute" de entonces había ya algo del moralista de ahora, y en el moralista de ahora algo del fuera de la ley de entonces. ¿Quiénes han sido, quiénes son, los apóstatas de hoy? ¿Cuál era la fe, cuál la apostasia: la de entonces, la de ahora? Pensamos entonces que no es un problema de doble, de rostro partido como el del barón Ashler, sino de la aplicación de caracterizaciones o de disfraces sobre una sola personalidad que no ha podido ser nunca. Una "cierta dificultad de ser", como decía Cocteau, nos ha llevado a todos, hasta a los que se creen de una sola pieza, al camaleonismo, a una condición fluida de adaptarnos al recipiente que nos contiene, como si el recipiente fuera nuestro destino.

Aurora Bautista interpreta la Antiaurora con mucha mayor sinceridad, con mucha más profundidad de revisión que los jóvenes y viejos personajes. Al no dejarnos saber cuál es la máscara, cuál es el rostro, nos puede hacer notar que en los otros apóstatas no tienen quizá más que máscara: la de entonces, la de ahora. O quizá no tienen más que rostro.

POZUELO



Suárez y González: una imagen habitual en los pasillos del Congreso de los Diputados.

largo de un período de dos años, este Gobierno tendría como tarea consustancial la consolidación del proceso democrático a la par que el avance en las reformas económico-sociales. Algo así como una segunda reedición del pacto de la Moncloa con una firma menos, la de Manuel Fraga, y muchas más garantías como supondría la formalización de un programa de gobierno.

Parece indudable, como ya demuestra hoy el hecho de que es la única de las tres alternativas defendidas por un solo partido, que este Gobierno contaría con la más abierta hostilidad de la derecha social, AP, ala conservadora y socialdemócrata de UCD, sector socialdemócrata del PSOE, totalidad de los poderes fácticos y, por orden que no por importancia, por los Estados Unidos de América, que siempre tienen mucho que decir en lo que sucede en nuestro país. Por el contrario, contaría con el apoyo crítico de las principales organizaciones sindicales del país.

Lo que significaría una enorme desproporción entre la fuerza de la presión contraria y el apoyo social sobre el que se sustentaría, dado que la heterogeneidad y ambigüedad de los intereses sociales a de-

fender por el programa de mayoría reduciría con mucho las posibilidades de apoyo por parte del movimiento obrero. De este modo, combatido por toda la derecha social sostenido débilmente por la izquierda sindical, dividido internamente por la aplicación e interpretación de un programa mayoritario ineludiblemente ambiguo basta con recordar aquí lo que está ocurriendo con el otro programa mayoritario del pacto de la Moncloa, sería la menos firme de las tres alternativas.

Tan es así que es gratuito hablar sobre su composición, tareas, aliados y posibilidades, porque toda la oposición que suscita opera ya desde el mismo momento en que aparece. La lucha contra él se iniciaría desde su misma gestación, impidiendo que pueda avanzar ni siquiera unos pasos.

Momentos tan propicios para formular un programa semejante como el habido durante la salida de la dictadura no volverán a existir y, sin embargo, el proyecto de la Junta Democrática acabó en el mayor de los estrepitosos fracasos. Porque la realidad es insoslayable y testaruda, no pudiendo ser sorteada con habilidades políticas o genialidades tácticas. ■